

Perfil de Antonio Acevedo Hernández

por Gonzalo Drago

Hace justamente un siglo nació en Tracacura, próximo a Angol, el dramaturgo y poeta Antonio Acevedo Hernández, uno de los precursores del auténtico teatro chileno, enraizado en nuestra tierra, en el hombre de nuestros campos, a quienes conoció en profundidad porque perteneció a la clase proletaria, al campesino que araña la tierra con sus manos para hacerla producir. Ahora el dramaturgo, fallecido en 1962, está casi olvidado y sus obras no son representadas ni por grupos de barrio o de provincias, ni se le recuerda en radio o televisión. No obstante, fue uno de nuestros grandes dramaturgos a pesar de su falta de cultura general (aprendió a leer a los doce años), lo que superó con su clara inteligencia y su finísima sensibilidad para captar las miserias y esperanzas de sus hermanos campesinos.

Conocí al "Viejo Antonio", como lo llamábamos cariñosamente, en una oficina burocrática, al otro lado del Mapocho, en 1933. Después lo encontré en Rancagua, a cargo de una compañía teatral de poca monta que recorría el sur de Chile en esforzado peregrinaje. Además de empresario, era director y compañero de los artistas, a los que exigía una dedicación integral en el desempeño de su oficio. Tenía manos vegetales, dedos largos, sarmentosos, de uñas agresivas, descuidadas, que deben haber cogido el lápiz o la pluma como se coge una herramienta. Era un obrero de las letras, un galeote del pensamiento encadenado al periodismo, a la crónica, para poder subsistir en un mundo negado a los artistas.

Lo admirábamos y queríamos plenamente. Nos enseñó la constancia, la entrega total al trabajo creador. Se escandalizaba si alguien confesaba su ignorancia de Ibsen o Chejov, o si no había leído algunas de sus obras. Tenía plena conciencia y lo repetía con razón de ser el fundador del teatro chileno, al que entregó su vida sin renunciamentos. Su vida inestable, su falta de arraigo en algún cargo burocrático o de otra índole, lo hicieron caer en una bohemia honorable en la que su presencia física, su reciedumbre de hombre, su prestigio de artista, lo destacaban entre la gente de su generación y entre los jóvenes que lo admiraban y le expresaban su adhesión.

Sus obras teatrales más celebradas, entre ellas "Chañarillo", "Arbol viejo", "Almas perdidas" y "La canción rota", fueron representadas con merecido éxito por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica y por otras prestigiosas compañías teatrales, colocando su



El dramaturgo nacional Antonio Acevedo Hernández.

nombre en el lugar que le correspondía en la dramaturgia nacional. En una oportunidad expresó su pensamiento íntimo en una prosa desmanada, pero de profundo acento humano: "Hombre que no tuvo la alegría, la suerte o la oportunidad de recibir herencias de dinero o de saber. Por el mundo fui, dolido y maravillado; malos minutos he vivido, tan malos y persistentes que han formado eslabones de años sin darme tregua; un mal destino creo que informó mi nacer y qué reacia ha sido la muerte al no tenderme la mano. No se crea que esta verdad mía sea un lamento pedigüeño, muchos años cargo, he pedido cuando he creído que para ello méritos poseía. Nada me han dado y cansado estoy. He dado yo cuanto he podido, hasta alegría surgida de entre muchas penas, que penas llaman en mi tierra de Chile a los dolores".

Este es el perfil humano y de artista de Antonio Acevedo Hernández, un hombre cabal, honesto, de palabra áspera, a veces desafiante cuando las circunstancias lo requerían. Ahora, en el centenario de su nacimiento, su recuerdo y su figura no pueden pasar inadvertidas por los amantes del teatro y admiradores de su obra, y conviene recordar el acertado juicio del novelista Mariano Latorre, al referirse al Maestro: "Antonio Acevedo Hernández es, en mi concepto, el dramaturgo mejor dotado y el que estilizó más auténticamente los elementos de la raza y su paisaje".